

Martínez Campos, 27/X/1996
GUIA
(Publicado el 27 de Octubre de 1996
Ventabas, 4-B)

LOS PROPIOS LÍMITES

Silviano Martínez Campos

Son muchos y muy grandes los inconvenientes de atreverse --cuando uno se lanza a emitir su propia opinión en torno a lo que lo rodea--, a tocar temas peliagudos y grandiosos, enmarañados y discutibles, porque llega un momento en que no hay nada más que decir, todo está agotado, el cerebro está exprimido y no hay nada más que agregar.

Y si las censuras de moda sólo operan en temas públicos y todos los demás asuntos por inocuos escapan a esas temerosas atenciones, en cambio sí operan las censuras propias, mayormente si unas “borracheras” de varias semanas capturan de tal manera los vigos neuronales que más se ocupa uno de no dar un mal paso al caminar por la banqueta, que en pulsarle la temperatura a su mundo calenturiento.

De todas maneras será pertinente precisar que “borracheras” se dice por acá a los malestares propios de la temporada invernal incipiente, que se manifiestan en invasiones de virus marcianos resistentes a los misiles antibióticos; parece que es gripa pero no es gripa, resfriado pero no es resfriado y en tanto te van orillando a cuidar de tu propio mundo personal, privando al mundo terráqueo, y aún a todo el universo, de uno de sus ángeles de la guarda.

Lo fácil sería en esos apuros, para salir del paso, tomarte un par de periódicos del día y hacer referencia en la cuartilla en que escribes a lo hechos cotidianos tan ya sin importancia, como un cicloncito por aquí, otro cicloncito por allá: tempestad con granizo y vientos huracanados que arrasan sembradíos en una región: un temblorcio de tierra tan sólo de 6.5 grados que acaba con la vida de 35 mil seres humanos. En fin, noticias que apuntan en torno a incipientes cambios climáticos.

O para no parecer tan trágicos y apoyarse en la autoridad académica, tomarse un par de libros, por ejemplo el primer informe al Club de Roma, a principios de los setenta, denominado “Los Límites del Crecimiento”, en el que se alertaba a dirigentes y estudiosos sobre los posibles cambios multidimensionales por venir y del cual pocos hicieron caso; o el último de la serie del mismo organismo: “La Primera Revolución Mundial”, recientemente editado, en el cual se retoman las mismas inquietudes con nuevas informaciones y se sugiere ya de plano como única salida una reordenación mundial.

Pero todo esto complementado con citas textuales entresacadas de sesudos estudios de libros capturados por el interés personal durante las dos décadas convulsivas y ya está: un trabajo periodístico legítimo, porque el periodismo es el arte de decir lo que otros dicen o hacen, con un estricto sentido social.

Con ser la cultura (la escrita particularmente) una de las expresiones estupendas de la grandeza humana y no puede vivir uno sin ella porque lo influye quiérase o no, aun cuando se analfabeto, a veces lo mejor será beber directamente en las fuentes de la naturaleza y del diario acontecer modesto, para desde allí, sin pretensiones grandiosas, tratar de desentrañar el intrínquilis de nuestros días.

TORMENTAS INTEMPESTIVAS

Así es de que sin dejar de apreciar la belleza y la novedad de tormentas eléctricas a destiempo --a mediados de octubre--, sobre todo si ve llover sin mojarse, no puede uno ignorar que una tempestad huracanada puede acabar con la cosecha de toda una comunidad campesina.

Y si la grandiosa belleza de rayos y truenos forma parte de la memoria humana y de vez en cuando un árbol, un animal o un ser humano puede servir de pararrayos natural, no puede del todo dejar de extrañarse con la opinión de personas mayores, de que en una región esos fenómenos sean ahora más frecuentes, sobre todo si un rayo acaba de una vez con 11 reses que se refugiaban de la lluvia debajo de un árbol.

Pero también otras tormentas, no por menos visibles y espectaculares, son por sus efectos igualmente desastrosas, como las económicas, de tal manera que pocos escapan a sus rayos y truenos, acompañados de escasez de dinero, carestía y dificultades. Tiras de la cobija por un lado, queda el otro descubierto; tratas de tapar ese agujero y más tardas en intentarlo que en aparecer otro nuevo y así te llegan por todos lados los fríos invernales de la crisis que te provocan “borracheras” crónicas ante las cuales no hay antibiótico que valga.

Mas como genio y figura hasta la sepultura, la burra siempre vuelve al trigo y la cabra siempre tira al monte, no puedes, sin renunciar a ser tu mismo y traspasando tu propio horizonte limitado, dejar de ver que las “borracheras” de fin de milenio son generales y que las tempestades del cambio y la novedad son universales, manifestadas en reacomodos de maneras de pensar, de ser y de actuar en personas, grupos y sociedades.

De tal manera que ahora parecería que se han conjuntado las tempestades regionales en una sola, para configurar una sola tempestad y una sola “borrachera”, la tempestad y borrachera planetaria de fin de siglo y de milenio que, por intempestiva, apenas manifestada desde las últimas décadas aunque sus nubarrones habían sido detectados desde antes por pensadores y poetas, pudiera dar la impresión de que nos tomó desprevenido.

Aí es que la novedad consistiría precisamente en esa agitación tormentosa, con dudas, aprehensiones y desconciertos.

DESPUES DE LA TEMPESTAD, LA CALMA

Todos lo sabemos, pero el campesino percibe directamente que las tempestades son efímeras y, entre más fuertes son, más pronto pasan, aun cuando sus efectos a veces sean desastrosos y haya necesidad de levantar en primer lugar a sus víctimas. Y las “borracheras” nublan la mente pero una vez que sale el sol se encuentra uno con que ha descubierto un mundo nuevo.

Siempre tas los diluvios se establece un nuevo pacto y luego de las conflagraciones se renueva la vida. Por eso no puede renunciarse a la Esperanza y quién quite el nuevo siglo y naciente milenio nos traigan, con su preñez de novedad, una nueva manera de ser homo sapiens, a pesar de los amenazantes relámpagos de racismos, violencias y encerronas en sí mismo.

No es poca cosa el reconocimiento de los propios límites, pero tampoco son desdeñables los inconmensurables intentos que en todas partes se hacen para dar rumbo a lo que de todas maneras lleva rumbo: la novedad de recrearnos personas, pueblos y sociedades.

Y aun cuando todo es opinable y discutible, no dejan de ser esperanzadores los esfuerzos de sociedad y autoridades por estructurar programas que no sólo mitiguen hambre y carencias, sino sienten las bases para que México sea otro a vuelta de los próximos años. O los intentos continentales de líderes políticos, incluido nuestro Presidente, para en medio de la tormenta conservar nuestra propia fisonomía. O los

intentos universales porque esta Tierrita marcada por sus “borracheras”, torne su enérgico vaivén de terremoto en el vaivén suave de la cuna de un recién nacido.

Porque si hubiera dragones lunares de 7 cabezas que arrullarran al recién nacido para que no se despertara, también habría cariñosas caricias para que el niño retornara de su sueño sin temores ni sobresaltos.

Y en estas cuestiones, es necesario decirlo, personas, pueblos y sociedades cuentan siempre con sus ángeles guardianes, a veces de carne y hueso —hombres y mujeres de buena voluntad— que responden a los designios siempre vigilantes y amorosos del Señor de la Historia, para el cristiano Jesucristo, que nunca deja solos a sus seguidores, aunque éstos muchas veces duerman.